

La cultura como cauce de propaganda ideológica durante la guerra civil española (1936-1939)

Resulta ya tópico, por lo evidente, incidir en el carácter de confrontación ideológica que comportó la guerra de 1936, pero no se puede entender ésta si no partimos de la aceptación de la premisa ideológica. En ambas zonas [Revolución y Contrarrevolución] iban unidas a una determinada visión del mundo, a esas alturas enfrentadas por el proceso de radicalización social y política, que se produjo en los años de la República.

En la zona leal, la sublevación y su evolución posterior abrieron el camino a una realidad revolucionaria, en la que la cultura se esgrimió como bandera de los ideales de libertad e igualdad social por los que se luchaba. Esto explica que una de las consignas más repetidas por las Milicias fuera la de: «guerra al invasor con un fusil en la mano y un libro en la otra», convirtiendo así la resistencia en una especie de «cruzada cultural», a la que sumó palabra y pluma la mayor parte de la intelectualidad española, como respuesta a una trayectoria que tenía sus antecedentes en la etapa anterior. En ella, los intelectuales habían iniciado su acercamiento a las clases populares

en un deseo de que éstas participasen en la labor creadora de la cultura.

Este acercamiento se canalizó a través de una serie de iniciativas (recordemos las representaciones teatrales de La Barraca o la labor de las Misiones pedagógicas) y de nuevos planteamientos en el campo artístico, en la base de los cuales estuvo el debate en torno a la significación político-revolucionaria de la obra de arte que contraponía las dos tendencias prioritarias en esos momentos: realismo social y surrealismo.

Por contra, en la zona nacional, la cultura se supeditó a intereses militares y se utilizó como simple instrumento de legitimación de un nuevo Estado que se estaba imponiendo por las armas. Aquí, la consigna más repetida fue la de «por el Imperio hacia Dios», idea que había guiado a los ideólogos de la Contrarrevolución. Así, en 1932, Giménez Caballero había proclamado de forma concluyente en *Genio de España*: «¡Sed católicos e imperiales! ¡César y Dios! Esta es la voz de mando».

Esta amalgama de catolicismo y nacionalismo imperialista, constituye-

ron los ingredientes doctrinales básicos configuradores del Movimiento. Paralelamente, toda la labor de política educativa y cultural se movió en torno a ambos ejes. La idea de Imperio, concebida como expansión territorial de la «raza», era algo implícito en los regímenes totalitarios. Pero en España el peso de la Iglesia dio un contenido espiritual a esa idea, que tenía sus raíces en los siglos XVI y XVII, cuando España «desangró su poderío material para imponer y defender una concepción espiritual y religiosa de la civilización». A esa España, una «España que hace doscientos años se nos quedó dormida», como rezan los versos del poeta; había que volver.

Según hemos indicado, en la guerra se luchó por principios que respondían a modelos de vida diferentes. El triunfo de unos u otros implicaba la imposición de uno de esos modelos de vida a partir de la destrucción del contrario. Ahora bien, para que la «paz fuera duradera» había que formar a las nuevas generaciones en esos principios. Esto se tradujo en una reforma y contrarreforma educativa, que se perfiló en retaguardia al socaire de la contienda.

Los hombres que encabezaron la reforma en la zona republicana fueron Jesús Hernández, que ocupó el Ministerio de Instrucción Pública desde septiembre de 1936 a abril de 1938, y que había sido, hasta entonces, director de *Mundo Obrero*, el órgano del Partido Comunista; Wenceslao Roca y César García Lombardía.

El objetivo que la presidió fue el de dar «realización inmediata al principio de la cultura para el pueblo, principio que ha de presidir la labor transformadora del nuevo Estado republicano dentro del campo docente».

Jalones de la misma fueron, en un primer momento, la aprobación del

presupuesto de Instrucción Pública pendiente y la regulación del ingreso en la enseñanza media, concebida como un medio a través del cual debían acceder a grados superiores de la cultura «las mejores capacidades salidas de las masas del pueblo».

La reforma afectó singularmente a los maestros, cuya figura fue objeto de una regularización específica de acuerdo con la misión que se les confería en esta lucha ideológica. También se modificaron los planes de estudios, en especial de las asignaturas de Geografía, Historia, y Ciencias Económicas y Sociales y se introdujeron innovaciones metodológicas acordes con la corriente pedagógica de la «escuela única», cuyo defensor más destacado en España fue Lorenzo Lu-zuriaga.

La escuela única implicaba la igualdad de oportunidades para el acceso a la educación sin distinción de sexo, y teniendo sólo en cuenta las aptitudes e inclinaciones de los alumnos, a la par que la unificación de las instituciones educativas desde la escuela a la Universidad, del personal docente y de los servicios administrativos de la enseñanza. Paralelamente, la unificación suponía la eliminación de la enseñanza confesional en los centros públicos, y la supresión de los centros privados que dieran lugar a diferencias por motivos económicos. No obstante, mientras se intentaba suprimir la enseñanza privada, en concreto la enseñanza libre se institucionalizaban las escuelas sostenidas por organizaciones políticas y sindicales.

En la base de ese deseo de que las «mejores inteligencias del pueblo accedieran a la educación superior» está también la creación, en Valencia, del Bachillerato abreviado para obreros, por decreto de 21 de noviembre de 1936, y la reorganización de la enseñanza profesional, en especial de la

rama agraria.

Paralelamente a la reforma estatal, la Confederación Nacional del Trabajo difundía sus principios educativos a través de escuelas racionalistas, y en estrecho contacto con las experiencias colectivistas que estaban implantando en diferentes zonas los anarquistas. El postulado del que partían estas escuelas era el de la «educación integral», según la cual el obrero debería ser instruido en todos los campos del saber: humano, científico, técnico; capacitándole así para escoger libremente una profesión o el desempeño de un oficio de acuerdo con sus gustos; y sus aptitudes; «para que por encima de las masas obreras no pueda encontrarse, en lo sucesivo, ninguna clase que pueda saber más» (Bakunin).

La influencia de la pedagogía anarquista fue más acusada en una zona de España, especialmente receptiva a innovaciones, como fue Cataluña. Aquí, tan pronto como se venció la sublevación militar, la Generalitat y la CNT, acometieron la reforma a través del Consejo de la Escuela Nueva Unificada (CENU), creado por decreto de 27 de julio de 1936.

La pedagogía anarquista rechazaba la educación estatal de cualquier signo y se enfrentó al férreo control y al dirigismo que impusieron los comunistas desde el Ministerio. La importancia de la actividad desarrollada por éstos fue notable, pero en ella estaba subyacente una finalidad propagandística clara: captar adeptos para el partido. También hicieron uso de medidas depuradoras para asegurarse de la ortodoxia ideológica de quienes debían acometer la reforma. Por otra parte, muchas de las medidas tomadas fueron simples ratificaciones de algo que había surgido de forma espontánea al socaire de la revolución social.

En la zona nacional, la contrarreforma educativa se reafirmó a partir

de la negación de la política desarrollada por la República en este ámbito, por considerarla antipatriótica y antirreligiosa. Paralelamente, se asumieron los principios pedagógicos y sistemas educativos de la España Imperial, los de la filosofía y pedagogía católicas del siglo XIX y primer tercio del XX (figuras de Menéndez Pelayo y de Andrés Manjón), así como la doctrina tradicional de la Iglesia sobre la educación cristiana de la juventud, fijada por Pío XI en su encíclica *Divini Illius Magistri*. De acuerdo con esto, la educación fundamentada en la idea de la imperfección humana como consecuencia del pecado original y de la desigualdad de sexos por el distinto fin con el que habían sido creados el hombre y la mujer, traía como guía los postulados de dogmatismo, autoridad, disciplina, transcendencia y nacionalismo patriótico-religioso. En contraposición a lo que ocurría en la zona republicana, se reafirmó la influencia de la Iglesia en la educación a través de la imposición obligatoria de la enseñanza religiosa en todos los niveles educativos y de las facilidades que se dieron a la enseñanza privada (de las Ordenes religiosas) en detrimento de la oficial. Otra diferencia fundamental fue el que indirectamente se reafirmara el principio de la diferencia de oportunidades por razones económicas y de sexo. Esto se reflejó de forma clara en la orientación que presidió la reforma de la enseñanza media (bachillerato universitario), que cristalizó en la Ley de 20 de septiembre de 1938, en cuyo preámbulo se indicaba que «una modificación profunda de este grado de la Enseñanza es el instrumento más eficaz para, rápidamente, influir en la transformación de una sociedad y en la formación intelectual y moral de sus futuras clases directoras».

El que la educación se concibiera

también en esta zona como arma ideológica, hizo que se considerase necesaria la «reeducación» de todo el cuerpo de enseñantes a través de una depuración «inexorable», preventiva y punitiva, considerada como trámite previo para una reorganización «radical» y «definitiva» de la enseñanza. Esta depuración se asentó sobre una rígida ortodoxia política (a los principios configuradores del movimiento) y religiosa (católica).

El carácter que presentó la contra-reforma educativa, tuvo como consecuencia lógica, el que no se produjera ese fenómeno de identificación entre pueblo y cultura que se dio en la parte republicana. Aquí, tras el triunfo electoral del Frente Popular en febrero de 1936, se había creado una institución que se denominó «Cultura Popular», con el objetivo de difundir la cultura entre el pueblo por todos los medios disponibles. En los años de la guerra organizó más de mil bibliotecas, distribuyó libros y periódicos en los hospitales, cuarteles, en el frente, creó la primera discoteca ambulante, contribuyó a la organización de los «hogares del combatiente» y de los «rincones de la cultura», puso en marcha emisiones radiofónicas, exposiciones, publicó boletines; así como el *Boletín Cultural Popular*, en el que daba cuenta de sus actividades.

Paralelamente, el Ministerio creó una serie de organismos centrales con la finalidad de dotar nuevas bibliotecas, sobre todo populares, y de proteger las existentes. Pero las bibliotecas sólo podían cumplir su misión si contaban con libros y lectores. El problema en este último caso era el elevado nivel de analfabetismo. La lucha contra éste, entre los combatientes, fue una de las realizaciones más sorprendentes en el ámbito de la cultura en estos años. Se llevó a cabo a través de las «Milicias de la Cultura», cuerpo

de instructores que se adscribieron a las unidades militares correspondientes. El resultado favorable de la experiencia hizo, que a mediados de 1937, se constituyesen unas «Brigadas volantes de la lucha contra el analfabetismo en la retaguardia» para enseñar a adultos a leer y escribir. Con las Milicias Populares colaboraron otras organizaciones, como Altavoz del Frente o Guerrillas del Teatro, a la par que las Divisiones Pedagógicas continuaban con la tarea iniciada durante la República.

En un plano oficial, estas actividades recibieron fomento mediante la creación de una serie de organismos, como el Consejo Nacional de Teatro, el Consejo Central de Música o la Junta de Incautación del Tesoro Artístico, para proteger las obras de arte en peligro... Pero este apoyo se vio mediatizado negativamente por el dirigismo ideológico que se impuso desde el Ministerio de Hernández. A modo de ejemplo, la medida por la que se disolvían las Academias españolas y el Consejo de Cultura, creándose en lugar de ambos el llamado Instituto Nacional de Cultura. Sin embargo, el Consejo fue restablecido por el ministro centrista Segundo Blanco, que sustituyó a Jesús Hernández en abril de 1938. Instalado ya en Valencia, el Ministerio creó en esa ciudad una Casa de la Cultura para acoger a todos los artistas, escritores e intelectuales, que por sus conocimientos y aptitudes «representasen valores inestimables para la cultura y el prestigio del país». Esta realización, si bien loable, suponía una contradicción con el concepto de cultura que se estaba forjando.

En la zona nacional, la actividad pedagógica, artística y literaria, presentó un carácter en cierto sentido uniforme, al estar controlada por el Estado y los dos organismos que le

apoyaban: la Iglesia y Falange, entre los que se dio una constante pugna. El Ministerio de Educación, creado por la ley de 1 de febrero de 1938, estuvo presidido por Pedro Sainz Rodríguez, un monárquico alfonsino, vinculado al grupo ideológico Acción Española y profundamente «vaticanista», en palabras de Serrano Suñer. Discípulo de Menéndez Pelayo, le convirtió en el nuevo mentor de la política educativa y cultural. Junto a la promulgación de la ley del 38 sobre el bachillerato universitario, otros aspectos importantes de esta actividad oficial fueron la creación del Instituto de España como organismo orientador de la «alta cultura» e investigación, y por el que se pretendía dar una credibilidad cultural al Alzamiento en el exterior, y la participación de España en la XXI posición Internacional de Arte de Venecia, que se celebró en junio de 1938.

Mientras la Iglesia dominaba en el Ministerio de Educación, Falange se imponía en el campo de la prensa y la propaganda, dependientes ambas del Ministerio del Interior y que presidió Serrano Suñer. Los servicios de propaganda estuvieron a cargo de Eusebio Ridruejo, en torno al cual se agruparon la mayor parte de los escritores y artistas que apoyaron el Alzamiento: poetas como Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco y Leopoldo Panero; los novelistas Zunzunegui e Ignacio Agustí; el dramaturgo Torrente Ballester, eruditos y ensayistas, Tovar o Lain Entralgo; pintores, Juan Cabanas, Caballero, Escassi; el músico Sainz de la Maza... Este grupo, «el más homogéneo del que formé parte», como recuerda Torrente Ballester, surgió en torno a la revista *Jerarquía* y luego se prolongó en la revista *Escolar*, exponente de lo que se ha dado en llamar, el «falangismo liberal». En la zona republicana la actividad

literaria y artística se canalizó a través de múltiples entidades de diverso signo: las mencionadas Milicias de la Cultura y Altavoz del Frente, la Junta de Defensa de Madrid, la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la defensa de la Cultura, el Comisariado del Grupo de Ejércitos (Valencia), el taller de La Gallo, el Sindicato de Dibujantes de la Unión General de Trabajadores de Barcelona...

En ellas se encuadraron los intelectuales y todos los que luchaban por hacer realidad ese principio de la cultura del pueblo y para el pueblo. Sus actividades se manifestaron, básicamente, a través de las publicaciones periódicas y de los carteles e ilustraciones.

Cifrándonos a las publicaciones periódicas, se pueden dividir por su contenido en tres apartados: culturales, satíricas y revistas de combate. Entre las primeras, dos adquirieron elevado prestigio: *El Mono Azul* y *Hora de España*.

El Mono Azul surgió en agosto de 1936, como órgano de expresión de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Desde el primer momento la revista quiso convertirse en «hoja volandera», receptora de las voces de todos los escritores antifascistas, conocidos o anónimos, que quisieran colaborar. Para ello y, ya en el primer número, decidió dedicar las páginas centrales a la expresión poética romanceada, género tradicional que se adecuaba por su estructura y temática a narrar las gestas épicas y heroicas de la guerra.

En cuanto a *Hora de España*, es considerada por muchos críticos como la mejor revista española del siglo XX, por la nómina de sus redactores y colaboradores y por la calidad de los textos publicados en ella. Nació en enero de 1937, vinculada también a la idea de cultura para el pueblo, pero ya en el «Propósito» del primer número

se matizaba sutilmente sobre la necesidad de que tras unas publicaciones exponentes de un arte de agitación y de propaganda, «vengan otras (...) de otro tono y otro gesto que, desbordando el área nacional, puedan ser entendidas por los camarades o simpatizantes esparcidos por el mundo».

El compromiso del intelectual con el pueblo, por el que abogaba la Alianza, se ratificó en la convocatoria, a instancias suyas, del II Congreso Internacional de Intelectuales Antifascistas, que se celebró en Madrid, Valencia y Barcelona en julio de 1937. Este acto, junto con la participación en la Exposición Internacional de Artes y Técnicas de París en 1937, constituyeron los acontecimientos culturales de mayor trascendencia, que se produjeron en la zona republicana en estos años.

Por las fechas en las que tuvo lugar el Congreso, ya se empezaba a ver en muchos intelectuales un cierto cambio en sus planteamientos sobre la función del arte. Significativo resulta el hecho de que *El Mono Azul*, dejase de publicar romances en el mes de mayo. Por otra parte, Arturo Serrano Plaja en una de sus intervenciones en el Congreso afirmó: «De ahí nuestra actitud ante el arte de propaganda. No lo negamos, pero nos parece, por sí solo, insuficiente». También en esta línea se encuadra la polémica, que el pintor Ramón Goya y el cartelista Jo-sep Renau mantuvieron en *Hora de España*.

Josep Renau fue el artista que más influyó teórica y prácticamente en el cartelismo desarrollado durante la guerra. Para él, el cartel era «un grito pegado a la pared», cuya función social y política no podía ponerse en duda. Influido por el cartelismo soviético postrevolucionario, utilizó como técnica fundamental el fotomontaje. Con respecto a la temática de sus

composiciones, y de los carteles en general! constituyó un fiel reflejo del desarrollo de la contienda.

Junto al cartel, vehículo por excelencia de la propaganda de guerra, la ilustración satírica, centrada en torno a la publicación *No Veas* que dirigía Bardasano, el grabado y el dibujo. Otras manifestaciones de este «arte de masas» fueron la decoración de monumentos públicos o la elaboración de periódicos murales...

En la zona nacional también se desarrolló un arte de propaganda, pero como es lógico, aquí no se produjo ningún tipo de polémica sobre su función Social. Este arte, fuertemente influido por el colosalismo triunfalista de corte nazi-fascista, utilizó abundantemente el cartel y las ilustraciones.

La cartelística presentó en su mayor parte un estilo ingenuo, «arraigado en la tradición de la estampita católica» y tremendista, aunque hubo buenos dibujantes que lo cultivaron. Entre ellos] Carlos Sainz de Tejada. Con él, como ilustradores de *Vértice*, José Caballejo, Teodoro y Alvaro Delgado.

Aparte de estas manifestaciones, la literatura también aparecía como un instrumento de propaganda. En el campo poético, la obra de José María Pemán *El poema de la bestia y el ángel*, cuya primera edición de abril de 1938 iba ilustrada por Sainz de Tejada. Con relación al teatro, a juicio de Ridruejo, su situación en estos años «resultaba deleznable e incluso, los autores más decorosos, habían bajado de tono». De las obras escritas entonces, sólo cabe mencionar por su calidad y talante innovador, *El viaje del joven Tobías*, de Torrente Balles-ter. En el campo de la narrativa, junto a una novelística que retornaba al realismo tradicional, se cultivó la narración humorística. Por otra parte, la guerra «como ámbito ideal de la hom-

bría» fue novelada por la combativa generación falangista del 36, esa generación de la «quinta del SEU», que tenía su modelo en el joven Eugenio de la novela de García Serrano.

En la España leal, la guerra generó una literatura rica y llena de calidad, que tuvo su más granada expresión en el campo poético (Antonio Machado, Miguel Hernández, León Felipe...) y en el teatro. Sin embargo, en la novelística de guerra, sólo destacaron los nombres de Sender y José Herrera Pe-

tere. En este ámbito concreto, la zona nacional ofreció una mayor calidad y cantidad.

Como colofón final a esta apretada síntesis, hay que insistir en el hecho de que la guerra generó unas manifestaciones culturales propias, específicas y autónomas, en las que brillaron la creatividad e imaginación; sin obviar el que éstas fueran cauces de propaganda, mediatizadas ideológicamente y expresadas en situaciones límite de tensión y enfrentamiento.

A. A.*

* Profesor de Historia Contemporánea (UNED).

Selección bibliográfica

ALTEO VIGIL, A.: *Política del nuevo Estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*. Prólogo de Javier Tusell. Madrid, Ministerio de Cultura, 1984.

BENSON, F.E.: *Writers in Arms: The literary impact of the Spanish Civil War*. New York and London, University Press, 1967.

CALAMAI, N.: *EL compromiso de la poesía en la guerra civil española*. Barcelona: Larra, 1979.

COBB, C.H.: *La cultura y el pueblo. España (1930-1939)*. Barcelona, 1981.

DÍAZ-PLAJA, F.: *Si mi pluma valiera tu pistola. Los escritores españoles en la Guerra Civil*. Barcelona, Plaza y Janes, 1979.

ESTEBAN, J. y SANTONJA, G.: *Los novelistas sociales españoles (1928-1936)*. Madrid, Ayuso, 1977.

FUENTES, V.: *La marcha al pueblo en las letras españolas (1917-1936)*. Madrid, Ediciones de la Torre, 1980.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA. Catálogo de la Exposición organizada por la Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos. Madrid, Ministerio de Cultura, 1980.

GUTTMAN, Allen: *The Wound in the Heart: America and the Spanish Civil War*. New York, The Free Press of Glencoe, 1962.

LECHNER, J.: *El compromiso en la poesía española del siglo XX*. Universidad de Leiden, 1968.

MORODO, R.: *Acción Española: Los orígenes ideológicos del franquismo*. Madrid, Alianza, 1985.

RENAU, J.: *Arte en peligro*. Valencia, Ayuntamiento de..., 1980.

SAINZ RODRÍGUEZ, P.: *Testimonio y Recuerdos*. Barcelona, Planeta, 1978.

WEINTRAUB, S.: *The Last Great Cause. The Intellectuals and the Spanish Civil War*. New York, Weybright and Talley, 1968.